



Revista de Estilos de Aprendizaje / Journal of Learning Styles  
ISSN: 1988-8996 / ISSN: 2332-8533

## Devolviendo el tiempo a la infancia. Lentitud y arte como elementos educativos tras el periodo de distanciamiento social

**Silvia Sánchez-Serrano**

Facultad de Educación. Universidad Complutense de Madrid

silsan01@ucm.es

ORCID: 0000-0001-5406-9132

**Marilena Muratori**

Facultad de Educación. Universidad Complutense de Madrid

marmurat@ucm.es

ORCID: 0000-0003-1011-9024

Recibido: 6 de agosto de 2021 / Aceptado: 23 de enero de 2022

### Resumen

En una sociedad en constante evolución, donde predomina la aceleración y la inmediatez, las personas se han visto forzadas a un contundente cambio. La crisis sanitaria provocada por la Covid-19 ha obligado a tomar conciencia de que la experiencia del tiempo es altamente compleja, poniendo en valor la cognición de su triple dimensión (pasado-presente-futuro). En el presente ensayo se propone reconstruir el sentido del tiempo, entendido como uno de los elementos clave de la vida en sociedad, por tanto, de los procesos educativos. Volver a descubrir la espera y la lentitud resulta imprescindible para la educación en la actualidad. En este sentido, es preciso educar para devolver a la infancia la posibilidad de vivenciar el presente, como forma única de pensar el futuro. El objetivo de este trabajo es justificar la necesidad de repensar el tiempo entendido como una dimensión imprescindible para el desarrollo del individuo tras un periodo de distanciamiento social. Para ello, a través de una revisión de la literatura y a modo de ensayo, se justifica la importancia del uso de las artes en la educación a fin de recuperar una equilibrada concepción temporal, así como para reforzar al individuo y sus relaciones sociales dentro de la comunidad, vinculando tres elementos: educación, arte y tiempo.

**Palabras clave:** infancia; tiempo; educación; arte; lentitud

## **[en] Giving back time to childhood. Slowness and art as educational elements after the period of social distance.**

### **Abstract**

In a constantly evolving society where acceleration and immediacy predominate, people have been forced into a strong change. The health crisis provoked by Covid-19, has forced us to take the time awareness as a highly complex element, highlighting the value of cognition of its three dimensions (past-present-future). The purpose of this essay is to rebuild the sense of time, understood as a one of the key elements of life in society and in the educational processes. Rediscovering the waiting, the slowness is essential for current education. In this sense, it is necessary to educate to give back to childhood the possibility of living the present, like the only way to think about the past. The aim of this paper is to justify, through a literature review and an essay mode, the need to rethink the concept of time understood as an indispensable dimension for the development of the individual and for the construction of community after a time of social distancing. For that, the essay is based on the importance of using the arts in the education to recover a balanced temporary, as well as strengthen the individual and his social relations within the community linking three elements: education, art and time.

**Keywords:** childhood; time; education; art; slowness

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Repensar el tiempo: lentitud en la educación y la sociedad. 3. El arte como recurso para trabajar el tiempo en el aula. 4. Consideraciones finales. Referencias

### **1. Introducción**

La incertidumbre económica y la inestabilidad laboral que caracterizan nuestra sociedad privatizada y cada vez más tendente al individualismo, provocan un estado psicológico de temor e inseguridad que, ineluctablemente, afecta a la construcción de nuestra identidad, nuestra educación e incluso nuestra propia existencia. Actualmente, estas condiciones se hallan considerablemente empeoradas por la situación sanitaria, la cual, debido a las restricciones necesarias para contener la propagación del virus SARS-CoV-2 que amenaza a la población, afecta directamente a la vida en sociedad.

La educación, pues, se encuentra hoy no solo frente a la complejidad derivada de la globalización, el consumismo, el fundamentalismo financiero y las nuevas industrializaciones tecnológicas que definen la fisionomía actual de la humanidad; sino que, a su vez, debe proporcionar respuestas educativas en relación con las medidas impuestas a los centros educativos como consecuencia de la Covid-19.

En un escenario como el actual se hace necesario disponer de todos los recursos posibles para reforzar la percepción positiva de la existencia, acercar a las personas a las relaciones interpersonales, y pensar en sí mismas como parte de una comunidad.

Entonces, ¿cuál es el objetivo educativo? ¿cómo se desarrolla la intervención pedagógica cuando, en múltiples ocasiones, tiene que hacerse a través de medios digitales?

Profesorado y alumnado se ven en una nueva situación educativa en la que resulta urgente construir un posible horizonte de significado a través de formas creativas, así como aproximar las experiencias individuales realizadas a través de la tecnología. La pandemia ha remarcado las transformaciones sociales que caracterizan el comienzo del siglo XXI y a las que el cuerpo docente ya estaba abocado a enfrentarse; por un lado, encontramos la compleja convivencia de las culturas, normas y valores plurales coexistentes en un aula, y, por otro, el cambio, cada vez más evidente y profundo, del sentido y la percepción del tiempo dentro de la sociedad actual. El objetivo de este ensayo es indagar en el desarrollo del individuo y la reconstrucción del sentido de comunidad trabajando el sentido del tiempo a través de las artes. El primer paso es repensar el tiempo entendido como una dimensión

imprescindible para el desarrollo del individuo tras un periodo de distanciamiento social, como el que ha motivado la situación sanitaria. Tras una reflexión sobre la concepción del tiempo y su verdadero significado, la intención del presente artículo ensayo es reconsiderar su papel en la educación, de cara a encontrar posibles respuestas a las distintas necesidades y demandas de la infancia y la adolescencia en la actualidad.

El segundo paso es destilar las formas educativas con las que trabajar el sentido del tiempo en el aula. Para ello, se toma como punto de partida la aplicación del arte del títere en el aula.

Al tratarse de un ensayo, el método de investigación para su elaboración se basa, fundamentalmente, en la revisión de la literatura sobre el tema abordado para conocer de forma objetiva el estado de la cuestión -al igual que en otro tipo de investigaciones- aunque en este caso, el conocimiento generado será más subjetivo. Por lo tanto, podría considerarse el método seguido desde dos vertientes, una objetiva más próxima al ámbito científico y otra subjetiva de carácter más literario.

La pandemia ha fomentado el consumo masivo de las redes sociales, medios que se demuestran efectivos (Juanes et al., 2020), pero que conllevan, a su vez, el riesgo de interpretar la ingente cantidad de mensajes que nos llegan sin los filtros suficientes para gestionarlos (Sandín, et al., 2020). Esta situación causa, por un lado, un peligroso naufragio en el “reino digital” y por otro, un extrañamiento debido a la inadecuación de los códigos culturales y las estructuras mentales que utilizamos para interpretar el tiempo. Es cierto que el uso cada vez más masivo de los dispositivos digitales ha modificado profundamente las relaciones sociales, y también nuestra experiencia temporal. En efecto, el tiempo virtual nos lleva a una realidad autónoma, desvinculada de la realidad concreta, a través de la cual vivimos en una dimensión en la que no hay cronología, solo simultaneidad y donde todo se puede experimentar al instante (Castellazzi, 2020).

En este sentido, reflexionamos sobre los efectos del tiempo en la infancia, en su nueva dimensión virtual, donde no existe pasado, presente, ni futuro y a la que inevitablemente estamos interconectados; todo está inmediatamente presente y contemporáneo. El tiempo libre nos provoca estrés y ansiedad, y la espera y la pausa están en desuso. Por ello, se considera necesario recuperar una equilibrada concepción temporal, puesto que el tiempo desempeña un rol fundamental en la construcción de la personalidad. De acuerdo con Castellazzi, podemos afirmar que el tiempo marca nuestro *ser* y *estar* en el mundo.

Con todo, considerar el tiempo como una categoría en la que focalizar la acción educativa puede favorecer la enseñanza y estimular el aprendizaje en las aulas de hoy, dominadas por las tecnologías y sus consecuentes limitaciones a nivel de relación propiamente humana.

El presente trabajo propone una perspectiva educativa renovada, que considere la escuela como un escenario privilegiado para la (re)construcción de una comunidad fragmentada y fuertemente sensibilizada hacia el contacto interpersonal, partiendo del enfoque artístico como medio para la mejora y el enriquecimiento de los procesos educativos.

En primer lugar, se considera la necesidad de un cambio de paradigma que, a pesar de adivinarse lento y complejo por la profunda reflexión que requiere, se hace indispensable para la reconstrucción de ciertos conceptos que, por diversos motivos, parecen haber modificado su significado dentro de la sociedad actual, entre los que se encontraría el concepto de tiempo.

En segundo lugar, se plantea la introducción del arte en los proyectos educativos como recurso no solo para favorecer la comprensión de sí mismo/a y la interacción con los/las demás, sino también para reconstruir la concepción del tiempo en su triple dimensión (pasado, presente y futuro). Pensar y actuar con una mayor lentitud y sosiego puede ser la manera para conjugar la acción con la reflexión y la inmediatez con la lentitud, ya que existe una profunda correlación entre la lentitud y la memoria, y la velocidad y el olvido (Claxton, 1999; García, et al., 2019).

En este sentido, resulta fundamental ofrecer al alumnado la oportunidad de vivenciar y aprender el tiempo en su devenir, en su lentitud y ciclicidad; ya que una de las tareas principales de la educación es proporcionar las competencias para interactuar en la sociedad. Para tal propósito, proponemos el arte y su aplicación en la educación como una manera de *pensar el mundo*, rescatando la línea de pensamiento de John Dewey en su obra de 1934, *El arte como experiencia*, donde el autor no identifica el arte en los objetos, en los textos o en las obras, sino en su ser experiencia. A través de los

lenguajes artísticos damos sentido a los objetos y a las cosas a partir de la creación de una nueva experiencia (Dallari, 2005). De este modo, podemos incrementar la consciencia individual sobre lo que significa, hoy más que nunca, estar en relación consigo mismo/a y con los demás, así como comprender el sentido de pertenencia a un grupo, a un grupo-clase, a una familia o a una comunidad. El alumnado no necesita únicamente tener la oportunidad de aprender a leer, contar y escribir, sino también de aprender a cómo estar (y ser) en comunidad (Delors et al., 1997).

## **2. Repensar el tiempo: lentitud en la educación y en la sociedad**

De acuerdo con Castellazzi (2020), pensar y actuar lentamente significa prestar atención al momento en el que se está viviendo, puesto que la lentitud permite una profunda escucha de la persona y un mejor conocimiento de las cosas. Para ello, resulta crucial formularse algunas cuestiones: ¿cómo se puede trabajar este cambio de perspectiva en los centros educativos? ¿es necesario cambiar los métodos subordinados a una estricta programación, modificar esas planificaciones constreñidas, por encima de otras cuestiones que pudieran ser más relevantes que el control temporal para poder concentrarse en el presente?

Esta necesidad de cambio de paradigma se traduce al ámbito educativo en considerar el tiempo como un elemento fundamental en la praxis, planteándose tal constructo, no solo como un medio, o un recurso, si no como un fin en sí mismo con el objetivo final de su conquista. Resulta, pues, cada vez más urgente reconstruir la idea de tiempo, así como la importancia de su vivencia (y no tanto la de su medición).

Durkheim, uno de los sociólogos que más se ha dedicado a la cuestión temporal, identifica el tiempo como un hecho o una representación colectiva basada en el ritmo de la vida en sociedad. El sociólogo francés establece la relación entre pedagogía y sociología, definiendo la educación como el proceso social más efectivo para la transmisión de esas representaciones colectivas. A través de la educación se hace posible fijar en el alma del niño/a las similitudes esenciales que requiere la vida colectiva ya que la educación no es más que mera tradición puesta en orden y depurada (Durkheim, 1975).

Para Durkheim, espacio y tiempo resultan ser representaciones colectivas, es decir, categorías impuestas por la sociedad a los individuos que forman parte de ella. De esta forma, el tiempo viene regido por el ritmo de cada sociedad como fruto del proceso de simbolización, en el que el lenguaje desempeña un papel fundamental y este, el tiempo, se transmite a través de la tradición y la educación (Huici, 2007).

Posteriores a las de Durkheim surgieron otras ideas que precisaban los hallazgos del sociólogo y aportaban otras posibles vías desde las que abordar la cuestión de la temporalidad. Halbwachs (2013), a través de su teoría sobre la memoria colectiva y continuando la estela durkheimiana, realiza una reflexión profunda sobre el tiempo y el espacio que llegó a cambiar la concepción de ambos conceptos desde la sociología del tiempo. Halbwachs (2004) considera el espacio, el tiempo y el lenguaje “marcos sociales de la memoria”, esto es, marcos donde habita el recuerdo. Por lo tanto, la teoría de este autor va más allá de considerar tiempo y espacio como representación colectiva, imágenes o conceptos, si no que considera al tiempo como noción, lo que permitirá diferenciarlo de los espacios y los tiempos cósmicos y matemáticos.

La dimensión social del tiempo es un elemento organizador y regulador de las actividades. Los individuos nos vemos implicados en actividades con los demás: el trabajo, la empresa, las instituciones (la escuela) o la vida familiar entre otras. En este sentido, Elias (1989) describe cómo afectaría a las relaciones humanas el que los sujetos de una sociedad dejaran de responder al tiempo social establecido:

Las relaciones humanas de todo tipo se verían muy trastornadas en sociedades de este nivel -se refiere a las industrializadas- y apenas podrían mantenerse a largo plazo, si el individuo dejara de regular su propia conducta de acuerdo con un esquema temporal colectivo (...) La omnipresente conciencia del tiempo de los miembros de las sociedades excesivamente

complejas y urbanizadas es parte integrante de su modelo social y de la estructura social de su personalidad (pp. 176-177).

El tiempo, según Elias, es un constructo social que obliga al individuo a regir su movimiento en torno a él y al grupo social al que pertenece. En esta misma línea, también el sociólogo Jeremy Rifkin, advierte que, a lo largo de la historia, el ser humano se había basado en cuatro dispositivos fundamentales para gestionar el tiempo: rituales vitales, calendarios astronómicos, campanas y horarios, y ahora surgían los programas informáticos. Con la introducción de cada nuevo dispositivo, en opinión del autor, la especie humana se ha separado cada vez más de los ritmos biológicos y físicos del planeta. Hemos pasado de una participación estrecha en los ritmos de la naturaleza al aislamiento casi total de los ritmos de la tierra (Rifkin, 1987).

No se trata aquí de proponer prescindir de las estructuras temporales, pues resultan necesarias sobre todo en las primeras etapas escolares, donde la organización cíclica del tiempo resulta fundamental para la experiencia de la estabilidad y la identidad del individuo (González, 2019). Este “tiempo repetido” que se plasma en lo que la escuela se denominan rutinas, y que organiza la jornada escolar en bloques de actividad, favorece el desarrollo de la propia organización temporal, -el cual debe forjarse en esta etapa-. La propuesta de cambio se dirigiría a abrir y flexibilizar horarios y calendarios para que el tiempo de la escuela sea un tiempo vivo y al servicio de la comunidad educativa, nunca a la inversa. Estas propuestas ya son una realidad gracias a movimientos como la Educación Lenta, la pedagogía Waldorf o la Pedagogía del Caracol (Domènech, 2009; Quiroga y Sánchez-Serrano, 2019). Y desde la aplicación de sus principios, en cuanto a la vivencia del tiempo se refiere, se vislumbra que la educación pudiera retomar su papel como agente de cambio y reconstructora de identidades, a través de su contribución al desarrollo y formación de las personas.

Aprender significa dedicar esfuerzo y tiempo para asimilar los conocimientos, se trata de un proceso extenso en el tiempo (Fuentes, 2021) y no siempre susceptible de ser programado. Los currículos muestran planes de estudio para las diferentes disciplinas, pero cada individuo emplea el tiempo que necesita según su propia especificidad, forma de pensar y ser. Nada que ver con la inmediatez y la aceleración de los medios de comunicación tecnológicos los cuales imponen una visión y percepción falaz sobre el aprendizaje. Una nueva dinámica que viene incidiendo en la concepción del aprendizaje causando, en ocasiones, frustración en la comunidad educativa.

Todo ello, nos hace retomar el sentido original de la escuela. Un lugar creado para desarrollar facultades a través del estudio y el ejercicio intelectual. El tiempo escolar es un tiempo de conocimiento en relación con las materias, del desarrollo de capacidades y de poner en práctica la conversación y la argumentación como partes integrantes del pensamiento (Masschelein y Simons, 2015).

Lo más importante del estudio y del ejercicio de pensar es que ambas son prácticas que, en sí mismas, disminuyen la velocidad y propician la demora. Hoy en día es fundamental recuperar el sentido y el placer del tiempo libre, del aburrimiento, de la espera, siendo estos recursos imprescindibles para un proceso de aprendizaje constante, consistente y significativo. En efecto, el tiempo libre está al margen de la vida productiva, es un tiempo en el que las tareas o el trabajo como actividades económicas o instrumentales se distancian, y en ese momento, el estudio y el ejercicio intelectual se hacen posibles (Masschelein y Simons, 2015).

Consideramos que, si la escuela puede ofrecer diferentes formas de experimentar el tiempo, estando las actividades artísticas entre las más adecuadas para tal efecto, podemos reforzar la manera de pensar y actuar hacia uno/a mismo/a y hacia la propia comunidad. En esta línea, John Dewey en su obra *Cómo pensamos*, ya proponía un tipo de aprendizaje en el que la experiencia de la temporalidad fuera abierta y flexible para el aprendiz y también para quien enseña (Dewey, 1989). Para lograr que el proceso sea verdaderamente educativo, tal vez haya que dirigir la mirada hacia lo que ocupa el tiempo presente y llena el tiempo de calidad, evitando que la instantaneidad se imponga como un principio inderogable. Y esto no siempre coincide con los resultados de un aprendizaje tasado, ni con el conocimiento de contenidos oficialmente establecidos como buscan ciertos y

controvertidos informes, sino en saber realmente qué ocurre en el alumnado y cómo de verdad aprende. En palabras de Gimeno (2008):

La experiencia diaria que un alumno vive constituye la educación que realmente recibe, porque de ahí surge el aprendizaje en sentido estricto...la fórmula es sencilla: la calidad de la educación escolar está en función de la experiencia que se tenga de ella, no solo directa sino también las vicarias y las transmitidas por otros (p. 82).

Desde nuestro paradigma, que no es otro que el educativo, el tiempo es una oportunidad de aprendizaje, pero no solo, pues también, y más importante, es una oportunidad de ser persona. El tiempo escolar es el tiempo de lo posible (Moses, 1992).

### **3. El arte como recurso para trabajar el tiempo en el aula**

Si entendemos la escuela como un lugar de las personas que la habitan, con un proyecto educativo común en el que se establecen relaciones sociales, el tiempo debe contemplarse como un elemento fundamental para su buen funcionamiento, un tiempo presente, un tiempo vivido, a pesar del ya establecido.

En esta dirección enfocamos nuestra reflexión sobre el propósito educativo de la escuela en un momento tan complejo para la humanidad como el que nos acontece. Resulta cuestión urgente que, desde el ámbito educativo, se tome conciencia de la grave brecha que viene provocando la pandemia en lo que a relación entre pares se refiere. Las restricciones de contacto, el uso de la mascarilla y la didáctica a distancia provocaron -y siguen provocando- serias dificultades de cara al desarrollo social de los y las futuras ciudadanas. Para empezar a reflexionar sobre estas cuestiones sociales e intentar intervenir en los ámbitos educativos se propone el uso de medios y recursos artísticos como poderosos elementos para reforzar la confianza en uno/a mismo/a y el entorno, así como para recuperar la relación con el/la otro/a perdida, en gran parte, por el distanciamiento social.

Desde el origen de su existencia, los seres humanos han utilizado el arte como forma de organizar y relacionarse con la realidad. Consideramos, por tanto, que la situación actual resulta un momento propicio para (re)tomar las artes como recurso para estructurar -y (re)estructurar- nuestras emociones, resolver conflictos, entender la realidad, superar miedos y continuar imaginando un futuro. En esta línea, retomamos las palabras de López Fernández Cao (2015):

Educados para vivir y actuar coherentemente, sin fisuras ni contradicciones, el arte abre vías donde todo y nada es posible a un mismo tiempo, donde los sentimientos encontrados se armonizan, o se permiten convivir en sus extremos. El arte deja que el ser exprese lo que la vigilia impide, el dolor insondable de lo incomprensible, la vaciedad y la sensación de plenitud a un tiempo. El arte permite la contradicción y la paradoja, el exceso, y posibilita en el ser humano la comprensión de una misma, de uno mismo, con sentimientos encontrados. El espacio de la creación permite el odio y el perdón, la rabia y el duelo, la comprensión, en definitiva, de nuestras pasiones. El espacio del arte es un lugar simbólico, donde se ensaya la vida una y otra vez, por ello permite probar el placer y el dolor en un espacio seguro.

Permite, tanto desde la creación como desde la contemplación, olvidar las certezas, indagar en la polisemia de las imágenes y los trazos, aventurar significados que pueden ser, a la par, diversos, y que, además, nunca sabremos el definitivo. (pp. 88-89)

Entendemos que, para revitalizar a una sociedad que atraviesa una crisis global, a la vez que se enfrenta a las primeras secuelas psicológicas de una pandemia, el arte representa cada vez más un espacio donde, a partir del campo simbólico, se pueden generar otros horizontes y sobre todo otras significaciones posibles más allá de las restricciones y las consecuentes limitaciones a la vida cotidiana. En este sentido, se hace necesario dar más presencia a los procesos creativos en las aulas

puesto que, en diversas situaciones de crisis, artes como la poesía, el teatro o la pintura han representado una forma de resiliencia e incluso de salvación para la humanidad.

En primer lugar, partimos de las aportaciones de Eisner (2014) en las que el autor concibe las artes como un medio para aprender a reinventarnos a nosotros/as mismos/as. Posteriormente, retomamos las consideraciones de Arnheim (1993) sobre cómo los sentidos desempeñan un papel determinante en el desarrollo cognitivo. Según el psicólogo y educador, en el campo de las artes plásticas, la propia percepción es un hecho cognitivo, ya que la creación de imágenes en cualquier medio visual, auditivo, verbal, etc., requiere la invención y la imaginación, en consecuencia “ver implica pensar” (Arnheim, 1993, p. 32). Por lo tanto, las artes, en cuanto medios idóneos para enriquecer las experiencias sensitivas, resultan medulares para el desarrollo de las sensibilidades y la imaginación. Retomando a Arnheim, Palacios (2006) sostiene que la educación debiera promover la constante interacción entre intuición e intelecto, ya que “la intuición perceptiva y la formación de conceptos intelectuales son los dos recursos de la cognición, necesitados uno del otro” (Palacios, 2006, p. 38). En la misma línea, Eisner sostiene que la percepción es una función de la inteligencia, y también un suceso cognitivo, puesto que la interpretación y el significado son un aspecto indivisible de la visión; por lo tanto, el proceso educativo puede frustrar o potenciar estas habilidades humanas.

Pensar, en cualquiera de sus manifestaciones, es un evento cognitivo. [...] Una función cognitiva de las artes es ayudarnos a observar el mundo. [...] El arte nos ofrece las condiciones para que despertemos al mundo que nos rodea. En este sentido, las artes nos ofrecen una manera de conocer. Aparte de fomentar nuestra conciencia de aspectos del mundo que antes no habíamos experimentado de manera consciente, las artes nos permiten aplicar la imaginación como medio para explorar nuevas posibilidades. [...] El desarrollo cultural depende de estas aptitudes y las artes desempeñan un papel extraordinariamente importante por su contribución a este objetivo. El trabajo con las artes también invita a desarrollar la predisposición a tolerar la ambigüedad, a explorar lo incierto, a aplicar un juicio libre de procedimientos y reglas preceptivas (Eisner, 2014, pp. 27-28).

En este sentido, coincidimos con Eisner (2014) en su visión acerca de que los procesos creativos impulsados por las artes ofrecen a la educación una manera de ampliar la conciencia de su alumnado, de satisfacer su búsqueda de significados, estableciendo un contacto con los y las otras, a través, además, de compartir las culturas de las que el grupo clase es portador.

En primer lugar, podemos decir que, a través de la experiencia, desarrollamos y construimos nuestra forma de ser, nuestro “yo”. En segundo lugar, que la experiencia es el medio de la educación, y la educación constituye nuestro proceso de aprender a vivir. En consecuencia, la educación es vista como una forma de experiencia que tiene que ver con la calidad de vida del individuo y su capacidad para tomar decisiones auténticas, elecciones que sean el resultado de la reflexión personal y no influenciadas por el “flujo” del *mainstream*, o sentido común impuesto por el sistema dominante. Por tanto, cada proceso de formación resulta un evento impredecible y, en definitiva, no esquematizable.

En sí misma, el arte es libre y, a su vez, libera al ser humano, por tanto, y de acuerdo con Eisner (2014), podríamos considerar el arte como modelo e inspiración para la práctica educativa; ya que, según el profesor, el arte es la expresión de lo posible que vive en cada uno de nosotros/as y, por tanto, un canal poderoso para la formación humana.

Los niños que habitan las aulas de hoy nacieron acompañados/as de la tecnología y sus poderosos dispositivos digitales. A través de ellos, construyen sus conceptos de tiempo, espacio, identidad, causalidad, adquieren los códigos numéricos y aprenden a escribir alfabetizándose en múltiples lenguajes, donde su entorno ya no se refiere “a un límite geográfico, porque no existen límites en el espacio virtual” (Ivaldi, 2014, p. 21).

En la misma línea de la autora, pensamos que la idea de una educación integral que contemple las múltiples inteligencias planteada por Gardner (1987) y La Teoría de los Cien Lenguajes desarrollada por Malaguzzi (Hoyuelos, 2006) continúan siendo las fundamentales premisas para elaborar referencias pedagógicas en las aulas. Este trabajo pretende poner de relieve las potencialidades que

uso de los lenguajes artísticos puede aportar al aula, en donde la distancia física y la tecnología imponen nuevas formas de aprender. El tiempo y el espacio escolar están distorsionados: la privación sensorial, en particular la táctil; conlleva la imposibilidad de establecer límites físicos entre los cuerpos, que se traducen también en la incapacidad de discernir no solo las limitaciones materiales, sino también las inmateriales. Sin contacto o con la escasez de este, ¿Cómo podemos reconocernos como personas miembros de una comunidad? ¿Cómo se interioriza la experiencia del mundo? Para ello, hacemos hincapié en el arte entendida como una poderosa herramienta para comprender y describir el mundo, puesto que a través de los diversos lenguajes artísticos y de los procesos creativos el alumnado puede ordenar y organizar su propia experiencia de vida. En esta línea, reportamos la investigación de Mesas Escobar sobre la construcción de títeres en educación.

A través del uso de títeres el alumnado pone en contacto su mundo interior con su realidad externa, permitiéndole crear significados, ensayar posibilidades y acercarse a sus emociones dentro de un marco protegido. El títere es un elemento de múltiples posibilidades creativas y expresivas, que permite construir y narrar nuestras historias, actuarlas y acercarnos, a través del juego, a comprender nuestra realidad. (Mesas Escobar, 2021)

Al estar el tiempo presente fuertemente influenciado por la virtualidad, las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y las redes sociales, nuestra preocupación pedagógica se centra en cómo el alumnado desarrolla la percepción del tiempo y, por consiguiente, de la experiencia de lo que vive y siente. Las vivencias que pasan por Internet tienen un carácter volátil e inconsistente, ya que se trata de un presente efímero donde no existe pasado ni futuro, donde los mensajes, los *tuits*, las fotos y las noticias se acumulan anulándose entre sí. Es por ello por lo que, en los centros educativos, se hace necesario recuperar la tridimensionalidad de la lengua, la interacción con el propio aprendizaje y el espacio neutro donde desarrollar las distintas capacidades propias de cada alumna/o.

Los procesos artísticos permiten al individuo, no sólo desarrollar habilidades a nivel socio-relacional, sino también experimentar un sentido del tiempo diferente del que el sistema cronológico nos impone. A través de la experiencia de asistir a un espectáculo o de la creación de una obra de arte - a cualquier nivel-, podemos percibir otra dimensión del tiempo: un tiempo suspendido, inconmensurable, sin reloj, disfrutando plenamente del lenguaje artístico propio. Esta particular experiencia resulta relevante para la vida humana, y más aún si la pensamos de cara al desarrollo del individuo y en lo que se refiere a poder experimentar la posibilidad de ser dueño/a de su tiempo (Zavalloni, 2008).

Una vía potencial para trabajar la concepción del tiempo lento la encontramos, por ejemplo, en el teatro de títeres. Las diversas fases de creación que implica este lenguaje artístico (construcción, manipulación y animación del objeto creado), posibilitan la toma de conciencia de la duración. Y si para secuenciarlas tomamos como referencia los principios de la Pedagogía del Caracol (Zavalloni, 2008; Sánchez-Serrano, 2021), y en particular la idea de “perder tiempo”, podemos realizar de forma plena una experiencia educativa, en la cual es crucial entender el tiempo como la espera paciente a que un ciclo se cumpla. Visto el contexto actual, resulta crucial recuperar (o adquirir) la capacidad de saber esperar, aprendiendo los tiempos lentos que necesita la creación artística. En este sentido, experiencias como la descrita proporcionan la oportunidad de contrarrestar el mito cada vez más apremiante de estar en “tiempo real”, derivado de las potentes redes tecnológicas, y vivenciar plenamente la dimensión de la realidad.

Para reforzar la línea teórica del presente ensayo, recogemos una interesante experiencia de proyecto con títeres en el ámbito educativo:

En el proyecto llevado a cabo por Contri y Muratori (2019) en el Liceo italiano de Madrid durante dos años (2017-2018) se destaca el valor del tiempo en la construcción del títere.

Las profesoras dedicaron varias sesiones y tardaron aproximadamente para que “naciera su títere” (tal y como comentó un niño el día en el que presentaron al grupo sus propios títeres). Estos objetos, todavía muy rudimentarios, hechos con materiales reciclados simples: botellas de plástico, tapas y cartón, cubiertos con papel empapado con pegamento, eran muy diferentes entre sí, en términos de

formas y tamaños. Los/as niños/as observaban cuidadosamente los prototipos que estaban construyendo, aún lejos de ser títeres, pero ya se identificaban con ellos. Todos los días miraban estas obras incompletas y reiteraban: “¡eso es mío!”, “¡aquí está el mío!”, “maestra, ¿te gusta el pequeño de allí?”, “¡es mío!”, “¿has visto eso?”. “Está claro que existe un vínculo entre cada alumno y su objeto. Esta expectativa es hermosa” (Contri y Muratori, 2019).

La profesora recalca en su artículo el valor del tiempo, en su reflexión, tras haber observado las reacciones del alumnado con respecto a las fases de creación, relata la experiencia evidenciando elementos relevantes dentro la relación con el tiempo como "golpear y correr" donde la experiencia de esperar toma todo el protagonismo, vivenciar una experiencia que lleva tiempo alcanzar la meta resulta muy enriquecedora para el alumnado. En efecto la técnica de construcción del títere con papel maché y la pintura lleva mucho tiempo, pero es este tiempo el que nos permite entrar en la dimensión creativa. A través de la experiencia de crear una obra de arte, en cualquier nivel, podemos percibir otra dimensión del tiempo: un tiempo suspendido, inconmensurable, sin reloj. Gracias a este tipo de experiencia artística podemos estar presentes y conscientes de cada paso del proceso creativo.

#### **4. Consideraciones finales**

Resulta innegable que el uso de la tecnología, poniendo al servicio de la escuela nuevas herramientas educativas que favorecen el acceso a la información, puede facilitar los procesos de enseñanza-aprendizaje, pero resulta necesario tener en cuenta las consecuencias derivadas de la incorporación de estos medios digitales en las aulas. En primer lugar, para incorporar las nuevas tecnologías a la educación es preciso adaptar el modelo de enseñanza-aprendizaje, ya que estas implican la modificación o anulación de la dimensión del espacio y el tiempo. En este sentido cabe poner de relieve que no solo es necesario usar los dispositivos tecnológicos de manera consciente, fomentando el pensamiento crítico y la posibilidad de seleccionar la información, sino también prestar atención a los aspectos del desarrollo del individuo que se encuentran afectados por este cambio de percepción de la realidad procurado por la nueva era. La pandemia ocasionada por la Covid-19 ha reforzado y acelerado la incorporación de la tecnología en la educación, causando un importante cambio de perspectiva que afecta a diversos ámbitos de la vida. Se podría definir como una transición a una nueva forma de ser y estar en el mundo. Se trata de un cambio complejo, pues requiere de una transformación radical en la concepción y la percepción del tiempo (Castellazzi, 2020) e interpela a todos los agentes implicados en el proceso: alumnado, profesorado, familias, administración...

El cuerpo docente se halla, por tanto, en la necesidad de relacionarse con alumnos cuya experiencia del tiempo es cada vez más virtual. Una dimensión temporal caracterizada por simultaneidad, inmediatez, en donde existe solo el presente.

Con todo, cabe repensar el concepto de tiempo, su sentido y significado y recuperar la percepción de su manifestación, puesto que los efectos del tiempo virtual pueden afectar profundamente las conductas de las nuevas generaciones. Junto al tiempo virtual hay que situar el tiempo lento, ya que la concepción del tiempo en su triple dimensión, su ciclicidad y su sucesión temporal resultan una valiosa forma de retomar el contacto con la realidad, con y entre las personas. De esta manera, podemos reconstruir el actual fragmentado sentido de comunidad y recuperar la confianza en el futuro. A través del uso del arte en la educación es posible organizar y tomar el control simbólico de la experiencia interna, ya que proporciona las competencias para ordenarla, exteriorizarla y reflexionar sobre ella (López Fernández Cao, 2020). Gracias a la experiencia artística, al desarrollo de la sensibilidad estética, podemos vivenciar el sentido del tiempo colocándonos a partir de su triple dimensión y así también podemos construir una relación auténtica con los y las demás.

En conclusión, consideramos que el uso de las artes en educación puede contribuir positivamente a la reconstrucción de nuestra existencia, así como a reconstituir el sentido de comunidad debilitado por el periodo de distanciamiento social. Los lenguajes artísticos en las aulas nos permiten retomar una concepción del tiempo más natural y respetuosa con las dinámicas que caracterizan las relaciones humanas: la imaginación, la espera, las manualidades y el contacto con la materia. Todas estas

vivencias determinan el desarrollo cognitivo y emocional del individuo, garantizándole la adquisición de los instrumentos básicos para expresar su propia esencia.

## Referencias bibliográficas

- Arnheim, R. (1993). *Arte y percepción visual: psicología del ojo creador*. (edición original, 1954. *Art and visual perception*. University of California Press). Alianza.
- Castellazzi, V. L. (2020). *Il tempo. L'estendersi dell'esistenza*. Edizioni scientifiche. Ma.gi.
- Claxton, G. (1999). *Cerebro de liebre, mente de tortuga: Por qué aumenta nuestra inteligencia cuando pensamos menos*. Urano.
- Contri, C. y Muratori, M. (2019). Tirar fuori la propria voce - Dialogo su'esperienza di burattini a scuola. *Cooperazione Educativa*, (68) 4, 53-61.
- Dallari, M. (2005). *La dimensione estetica della Paideia*. Erickson.
- Delors, J., Amagi, I., Carneiro, R., Chung, F., Geremek, B., Gorham, W., Kornhauser, A., Manley, M., Padrón, M., Savané, K.S., Stavenhagen, R., Myong W.S. & Nanzhao, Z. (1997). *La educación encierra un tesoro: informe para la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo Veintiuno*. Unesco.
- Dewey, J. (1989). *Cómo pensamos. Nueva exposición de la relación entre pensamiento y proceso educativo*. Paidós.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia* (primera edición 1934). Paidós.
- Domènech, J. (2009). *Elogio de la educación lenta*. GRAÓ.
- Durkheim, E. (1975). *Educación y sociología*. Península.
- Eisner, E. W. (2014). *El arte y la creación de la mente*. Paidós.
- Elias, N. (1989). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Gardner, H. (1987). *Arte, mente y cerebro*. Paidós.
- Gimeno, J. (2008). *El valor del tiempo en la educación*. Morata.
- Fuentes, J. L. (2021). El asombro: una emoción para el acceso a la sabiduría. *Revista Española de Pedagogía*, 79(278), 77-93. <https://doi.org/10.22550/REP79-1-2021-08>
- González, R. (2019). Las rutinas en el nivel de educación inicial. *HELIOS*, 2(2) 447-452. <http://doi.org/10.22497/Helios.22.2208>
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. ANTHROPOS.
- Halbwachs, M. (2013). *La memoria colectiva*. Axolotl.
- Hoyuelos, A. (2006). *El taller de expresión y Loris Malaguzzi. Reflexiones sobre la relación entre niños, arte y artistas*. <https://acortar.link/hfyy00>
- Huici, V. (2007). *Espacio, tiempo y sociedad. Variaciones sobre Durkheim, Halbwachs, Gurvitch, Foucault y Bourdieu*. Akal.
- Ivaldi, E. (2014). Educación, arte y creatividad en las infancias del siglo XXI. En P. Sarlé, E. Ivaldi y L. Hernández (Eds.), *Arte, educación y primera infancia: sentidos y experiencias* (pp.11-27). Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI). <https://acortar.link/hfyy00>
- Juanes, B., Munévar, R., & Cándelo, H. (2020). La virtualidad en la educación. Aspectos claves para la continuidad de la enseñanza en tiempos de pandemia. *Conrado*, 16(76), 448-452.
- López Fernández Cao, M. (2015). *Para qué el arte: reflexiones en torno al arte y su educación en tiempos de crisis*. Fundamentos.
- López Fernández Cao, M. (junio 18, 2020). El arte, esencial en la educación. *El País*. <https://acortar.link/hfyy00>
- Mesas Escobar, E. C. (2021). Educación artística y emocional a través del teatro de títeres. En Barragán Martín, A., Molero Jurado, M; Martos Martínez, A.; Simón Márquez, M.; Gázquez Linares, J.; Pérez-Fuentes, M. (comps). *Innovación docente e investigación en arte y humanidades: nuevos enfoques en la metodología docente* (pp. 603-613).

[https://www.academia.edu/67233255/Educaci%C3%B3n\\_art%C3%ADstica\\_y\\_emocional\\_a\\_trav%C3%A9s\\_del\\_teatro\\_de\\_t%C3%ADteres](https://www.academia.edu/67233255/Educaci%C3%B3n_art%C3%ADstica_y_emocional_a_trav%C3%A9s_del_teatro_de_t%C3%ADteres)

Moses, S. (1992). *L'ange de l'histoire. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*. Seuil.

Palacios, L. (2006). El valor del arte en el proceso educativo. *Reencuentro. Análisis de Problemas Universitarios*, (46), 2-22. <https://acortar.link/hfyy00>

Quiroga, P. y Sánchez-Serrano, S. (2019). La educación lenta en perspectiva histórica: conceptualización, desarrollo y concreción en las iniciativas de Madre de día Waldorf en España. *Educació i Història: Revista d'Història de l'Educació*. Núm. 34, 121-147. DOI: 10.2436/20.3009.01.232

Rifkin, J. (1987). *Las guerras del tiempo: el conflicto fundamental de la historia humana*. Editorial Sudamericana.

Sandín, B., Valiente, M., García-Escalera, J., & Chorot, P. (2020). Impacto psicológico de la pandemia de COVID-19: Efectos negativos y positivos en población española asociados al periodo de confinamiento nacional. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 25(1), 1-22 <https://doi.org/10.5944/rppc.27569>

Zavalloni, G. (2008). *La pedagogía del caracol. Por una escuela lenta y no violenta*. GRAÓ.

### Conflicto de intereses

Las autoras declaran no tener ningún conflicto de interés.

### Contribución de autores

Las autoras han trabajado de manera conjunta en el presente trabajo siendo equitativa la contribución de cada una.



© 2022 by the authors. Submitted for possible open access publication under the terms and conditions of the Creative Commons